

Al margen de una polémica

Ediciones Ruedo ibérico

José Peirats

La

CNT

en la revolución española

Tomo 1 404 páginas 94 ilustraciones 48 F

Tomo 2 372 páginas 29 ilustraciones 42 F

Tomo 3 364 páginas 17 ilustraciones 39 F

Los tres volúmenes: 118 F

Antonio Sala y Eduardo Durán

Crítica de la izquierda

autoritaria en

Cataluña. 1967-1974

Índice: El partido: Lo que hacen el partido. La operatividad de los principios. La supremacía de los medios. El militante: El factor subjetivo. El retrato robot. El ocaso de los héroes. Dirigismo o autonomía: leninista. Los caminos del proletariado. Algunos aspectos de la ideología

Carlos Díaz

Sobre «Federalismo, socialismo y antiteologismo»

El debate entre anarquistas y cristianos

1

Federalismo, Socialismo y Antiteologismo es la obra de madurez de un Bakunin en la plenitud. Cuando el gran anarquista ruso la escribe tiene cincuenta y tres años, y ya no va a vivir más de una escasa década. Es, dada la lentitud de gestación del pensamiento bakuninista, la primera obra que podemos considerar conclusa, definitiva y madura en toaos los sentidos. Si hay unas páginas que podamos considerar expresión acabada del pensamiento bakuninista, son las presentes. Cuando aparece Federalismo, Socialismo y Antiteologismo, ya ha purgado Bakunin su largos años de cautiverio en las cárceles europeas y rusas, ya está en contacto con la I Internacional de Trabajadores, ya forma un grupo coherente y grande de militantes anarquistas, ya ha dejado su huella teórica y práctica en la historia. Federalismo, Socialismo y Antiteologismo es algo más que una obra de ortopraxia, más que un -ya escrito- Catecismo revolucionario. Es, en pocas palabras, una obra de fundamentación teórica. No importa en absoluto que las páginas que siguen fuesen redactadas como «propuesta razonable al Comité central de la Liga por la Paz y la Libertad, de carácter burgués como se sabe, ni que el discurso quedase inconcluso 0 interrumpido o acaso perdido, o destruido tal vez. Poco importa también que el Congreso central de la Liga aceptara las tesis bakuninistas aunque el Congreso las rechazase. Tampoco tiene mucho sentido fijarse en los detalles muy coyunturales, por ejemplo en la admiración de Bakunin en 1867 por la «democracia» de los Estados Unidos de Norteamérica, dado que Bakunin pensaba en unos Estados Unidos de Europa como negación precisamente de todo Estado. Sería injusto, una vez más, discutir tal 0 cual punto concreto, si lo descontextualizamos. Hay que leer en bloque Federalismo, Socialismo y

Antiteologismo. Y a esto es a lo que se invita al lector. Por nuestra parte, quisiéramos que, aun guardando fidelidad al contexto y a la historia, se hiciese con la historia algo más que historia, proyectándola hacia adelante. Dicho de otro modo, quisiéramos plantear en este pequeño trabajo la actualidad o inactualidad de un tema central y difícil del presente libro: el ateísmo, el antiteísmo, el ataque al cristianismo. Y, a partir de ahí, la actualidad o inactualidad de dicho ataque, así como la posición posible de los cristianos en el seno del bakuninismo y el movimiento libertario en general. Al plantear este debate, queremos poner el dedo sobre una de las llagas más lacerantes y menos cuidadas y que a muchos cristianos nos preocupan, queriendo apelar por lo tanto al tribunal de la historia para que pronuncie nueva sentencia tras revisar el caso, que no puede estar, ni mucho menos, archivado. En todo caso, los tópicos usuales ni nos sirven, ni nos gustan. La ocasión no puede ser, en nuestra opinión, más adecuada, pues las tres obras de mayor envergadura teórica de Bakunin -Federalismo, Socialismo y Antiteologismo, así como Dios y el Estado y las Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre- tienen en el centro el mismo asunto, el de la negación de cualquier teísmo y de todo dios, de toda fe y de cualquier religión. De ahí nuestra revisión, que pasamos a replantear con la mayor brevedad, a modo de guía de desagravios.

2

Bakunin, en efecto, asocia en Dios y el Estado lo divino a lo estatal, en las Consideraciones filosóficas identifica a Dios con el enemigo público número uno del hombre -en la línea en que más adelante habría de desarrollar el existencialismo francés, hoy extinto-, y en Federalismo, Socialismo y Antiteologismo la negación de la divinidad es una condición sin la cual no cabría hablar ni de federalismo, ni de socialismo en libertad, ni de nada que dignifique al 'hombre. El resumen es éste: Ni Dios, ni amo. La verdad es que a los cristianos se nos ha atragantado en la garganta tan duro hueso, tras muchos años de intentar roerlo. Ni hemos asumido en profundidad el pensamiento de Bakunin, ni podremos hacerlo en la medida en que no asimilemos el sentido de tan furibundo rechazo de Dios. Considero intolerable miopía el hacer la vista gorda sobre ese escollo puesto en medio del camino. Tarde o temprano, las cuestiones teóricas hay que debatirlas. Cuanto antes, mejor. El escollo en el camino, o se remueve, o impide el paso. Pero también pienso que si bien los cristianos hemos padecido miopía -ceguera, diría yo -ante el problema que Bakunin nos ponía ante los ojos, lo cierto es que los anarquistas, al enarbolar la bandera del ateísmo como algo consustancial al pensamiento libertario, han incurrido en una falta, de óptica igual, sólo que de signo contrario. Si el cristiano ha sido miope ante

la crítica libertaria, el anarquista ha permanecido hipermétrope viendo demasiados tapices de las maravillas donde no había nada que ver. Vamos a tratar de situarnos en una perspectiva equidistante de la miopía y la hipermetropía... ¡Y qué Santa Lucía nos conserve la vista!

3

Pues bien, ¿cuáles son las raíces del antiteologismo bakuninista? En primer lugar, hay que hacer notar que Bakunin llega a ese antiteologismo a una edad muy avanzada, casi a los cincuenta años. Durante toda su juventud, y aún en su madurez, será un fervoroso creyente. Inmerso en pleno movimiento romántico, considerará a Dios -como lo hará entre nosotros John Robinson- «fuerza de nuestra fuerza», así como elemento fontanal y radical de donde todo procede y brota. En una segunda época, pasará incluso a considerarse a sí mismo como ungido por una gracia especial en virtud de la cual sería representante en la tierra del soplo divino y portavoz de una misión redentora. Por fin, la lectura de los textos de la izquierda hegeliana -Strauss, Bauer, Marx, etc.-, así como el propio contacto con los círculos obreros, le llevará a un distanciamiento crítico con respecto a sus anteriores creencias. Durante toda esta larguísima etapa, Bakunin tendrá al menos una constante: involucrar en un mismo proyecto a su propia persona, al nacionalismo panesclavista y a Dios en última instancia como coronación plenificadora. Un mismo soplo del espíritu soplaba sobre ese cuerpo con tres cabezas. Dios seguía siendo uno en esencia y trino en persona. En su agudo artículo “el ateísmo de Bakunin¹” ha visto bien el profesor Angel J. Cappelletti el problema. Fue algo más que una coincidencia el que, cuando Bakunin se alejó de su concepción nacionalista, se alejara también del teísmo. Ello explica la fuerte oposición que manifiesta por entonces a Mazzini, nacionalista y místico a la vez, cuyos partidarios estaban agrupados -como antes los sansimonianos y fourieristas- en una “Falange sagrada”.

Bakunin, acto seguido, comprende que no tiene sentido creer en Dios, y que lo mejor será desembarazarse de él, identificándolo con el Estado. Muerto el Diosnacionalismo, ¿qué sentido tenía el Dios Estado? Como quería Hegel, el viejo maestro, estatismo y divinismo habrán de coincidir. La única diferencia: que Hegel creará en el Estado, y Bakunin no. El nudo gordiano queda ahora roto, y el camino expedito para el antiteologismo.

Este es el camino teórico que acabó desligando, a grandes rasgos, a Bakunin de la religión.

¹ Ruta, Caracas, junio de 1976

4

Pero la vida de un hombre como Bakunin no se ha cincelado a golpe de teoría abstracta. Ha sido fraguada en la fragua de Vulcano, frecuentemente en la barricada, y siempre entre el pueblo. Y precisamente el pueblo que tenía a su lado en la lucha diaria no era “el pueblo de Dios”, “el «pueblo de los justos””. Los cristianos de la era de Bakunin certificaban con su comportamiento sociológico la alianza con el poder, en contra de la libertad y la justicia. De ahí que la hostilidad de Bakunin hacia el Dios teórico rebrote con fuerza en la hostilidad a los cristianos como tales, y a las instituciones eclesiales que los mantenían. Y así, cuando Mazzini ataca en su Roma del popo¹⁰ a la Comuna de París como un producto del espíritu antireligioso y acusa a la Internacional de ser atea, Bakunin escribe: « ¿Dónde pudimos encontrar el otro día a los materialistas y a los ateos? En la Comuna de París. ¿Dónde estaban los idealistas, los creyentes en Dios? En la Asamblea Nacional de Versalles. ¿Qué es lo que querían los hombres de París? La emancipación de la clase trabajadora, y, por lo tanto, la emancipación de la humanidad. ¿Y qué quiere ahora la triunfante Asamblea de Versalles? La degradación de la humanidad bajo el doble yugo del poder espiritual y temporal>>. Bakunin llevaba razón en su juicio sobre los cristianos que así se comportaban. El comportamiento de los cristianos, en nombre de los sagrados ideales, ha dejado muchísimo que desear. En nombre de Cristo se ha vivido un autentico anticristo. Todas las fobias contra tanta hipocresía son pocas. Es preciso, incluso, mantenerlas como actitud metodológica: valen, por principio, mientras no se demuestre lo contrario. El constantinismo que Bakunin critica está lejos de haber pasado entre los cristianos. A nuestra Iglesia le siguen acechando en demasía sus propios demonios, no estando todavía suficientemente exorcizada. En ella, el Cristo crucificado no puede encontrar fácilmente su autoconciencia reconocitiva. En suma: en la medida en que la Iglesia no se asemeje a Cristo, pienso que nadie debería bajar la guardia nunca respecto a ella. Esto dista mucho de ser anticlericalismo, y sólo los clericales lo entenderían como algo dirigido contra ellos.

5

Creo que hasta aquí no habrá mayores discrepancias. Pero ‘hay más. Bakunin pasaba a examinar, como un águila ávida de presa, no ya el comportamiento sociológico de unos señores que podían equivocarse a título personal y colectivo. Bakunin pedía cuentas a una institución donde la democracia brillaba por su ausencia, donde la verticalidad era total, donde la jerarquización hacía muy similar su funcionamiento al de los partidos burgueses y los parlamentos de igual signo: «La Roma jesuítica y

papal -escribirá- es una monstruosa araña eternamente ocupada en reparar los desgarrones causados en la trama que urde sin cesar por acontecimientos que nunca ha tenido la facultad de prever, con la esperanza de poder valerse de ella algún día para asfixiar por completo la inteligencia y la libertad del mundo». Tal vez aquí también los cristianos reflexivos puedan lamentablemente dar la razón a Bakunin: Roma ha tenido muchos siglos de hierro. Sus pontífices han sido, en muchas ocasiones, humanos y demasiado humanos.

Pero la cuestión más delicada viene a continuación. Lo grave, en el fondo, no es que Bakunin se diera cuenta de que la «democracia» de la institución eclesial no funcionaba, en la medida en que el amor había ido siendo expulsado de sus estructuras por la burocracia. Tiempo habría para volver al amor, en cualquier caso. Lo grave -y lo difícil de elucidar, y por ello mismo el punto en que merece la pena ahondar más- es que Bakunin considera que la culpa de todo el verticalismo no la tiene en el fondo el papa tal o cual, la curia tal o cual, la burocracia tal o cual. Realmente, será discutible siempre -y de hecho está hoy en discusión por los teólogos- eso de que el papa se encuentre investido por una iluminación especial directa de Dios, o si no hay poder papal extrasambleario, etc. Lo grave es que para Bakunin detrás de todo esto se halla el auténtico responsable: Dios. Dios le parece un superjefe tiránico, fanatizador, al que nunca se ve y al que siempre se obedece, ante el que todos los pueblos se doblegan. Así escribe: «A Dios, todos los hombres le deben una obediencia ilimitada y mansa, ya que contra la razón divina no hay razón humana posible, y contra la justicia de Dios no hay justicia terrenal que valga. Esclavos de Dios, los hombres deben serlo también de la Iglesia y del Estado, siempre que éste haya sido consagrado por la iglesia.

De hecho, para Bakunin la idea de Dios supone la negación de todo cuanto constituye el ser y la dignidad del hombre. Tal idea «implica la abdicación de la razón y de la justicia humanas, es la más decidida negación de la libertad humana, y necesariamente desemboca en la esclavitud de los hombres, tanto en la teoría como en la práctica».

El resultado, ante tan fiero y tiránico ser, es que hay que oponerle resistencia a muerte: «Enamorado y celoso de la libertad humana, a la que considero como la condición absoluta de todo lo que adoramos y respetamos en la humanidad, doy vuelta a la frase de Voltaire y digo que, si Dios en verdad existiera, habría que hacerlo desaparecer».

En definitiva, lo que tenemos que comprender es que Bakunin, tras el ataque al verticalismo de la iglesia, pone un ataque a un Dios al que considera fuente de todos

los males. ¿Pero es esto así? Conviene precisar bastante. Para mí, está claro que a Dios no se le acepta democráticamente para ver «qué hacemos entre todos». A Dios se le acepta como algo vertical, o no se le acepta como Dios. Todo depende, sin embargo, de cómo sea esa aceptación, y esa verticalidad.

En principio, no es lo mismo un dios-terror que un dios-fraternidad o un dios-amor, al que sólo se llega después de haber hecho posible la fraternidad por la libertad. En mi opinión, Dios -para los cristianos, Cristo- sólo es posible si se ama al prójimo y se organiza esa búsqueda de amor. Nadie ama a Dios a quien no ve, si no ama a su hermano a quien ve. Y si dice lo contrario, es un embustero. No creo, pues, eso que afirma Bakunin -y todo el materialismo histórico- de que «los principios sociales del cristianismo trasladan al cielo la compensación de las infamias y justifican de este modo la perpetuación de esas infamias sobre la tierra». Al menos sociológicamente, y aunque minoritariamente, esto ya ha empezado a cambiar en el seno del cristianismo. De modo que una cosa es un dios-autoritarismo, y otra un dios-autoridad. El propio Bakunin distinguía y afirmaba: «si se trata de hacer puentes busco la autoridad, de un arquitecto o un ingeniero». Confundir la crítica a la autoridad con el autoritarismo no es justificable, y Bakunin lo hizo porque en su época no vio sino autoritarismo. ¿Seguirán los anarquistas repitiendo el tópico? Puestas así las cosas, Cristo no resulta una entidad alienante. Es una fe que impulsa al compromiso. Es una fe invisible. Y si aún se arguye que hay que desconfiar de lo que no se ve, ¿cómo . . . reargüirnos- podría confiarse en la «libertad» o la «fraternidad», que a muchos pancistas les parecen invisibles monsergas de menor cuantía? La verdad, por el contrario, es que la mayoría de los militantes libertarios tienen «en última instancia» en su corazón, más o menos fustigados por cárceles y luchas, una vivencia de fe en el futuro, desde una afirmación en el presente. Esa es la instancia que algunos cristianos queremos también, y exigimos se respeten nuestras convicciones íntimas, siempre y cuando esas convicciones no sean reaccionarias. Sólo pedimos credibilidad para aquellos cristianos que demuestren merecerla. No pedimos ventajas, sino erradicar los tópicos. Demostrar que merecemos confianza es algo que, a su vez, todo tenemos que exigir a todos. Serán las actitudes, los hechos -las ortopraxias más que las ortodoxias- las que nos llevarán a la misma meta, dado que para llegar a cualquier meta es preciso andar una andadura convergente. Pero volvamos a Bakunin: ¿hubiera él identificado cristianismo con versallismo, si hubiese conocido a los primitivos cristianos enemigos del Imperio? ¿Ó si hubiese contemplado el actual testimonio de muchos creyentes? Pongámonos en el lugar de Bakunin: si a mí mismo me dicen que los

anarquistas creen en la libertad como algo a lo que sólo se llega por la libertad, pero les veo caminar por sendas autoritarias, ¿podría creerles, aun cuando yo conociese a fondo por la historia del movimiento obrero que los libertarios del pasado fueron muy consecuentes? Francamente, ‘hoy ni les creería, ni les seguiría. Tome nota el cristiano: no basta con que los primitivos cristianos fueran enemigos del Imperio; hay que seguir habitando las catacumbas, y negando tributo al César << Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». A veces, me han dicho: ¿Cómo un seguidor de tales máximas puede ser libertario? Yo no veo por qué no. Cristo respondió sibilamente, para zafarse del círculo dilemático con que sus seguidores le perseguían, que había que dar al César lo que fuere suyo: eso es todo. ¿Pero y si nada fuese suyo? Bakunin, pues, identifica a Dios con el tipo de Dios que él vio encarnado en los «creyentes» de entonces. Pero, ¿y si hubiese otros creyentes, irreductibles frente al Estado, y si Dios para ellos no fuese el Gran Inquisidor de Dostoyewski? Entonces no quedaría del antiteologismo nada, y volveríamos a parar al Bakunin antiantiteologista, para el cual <<la religión es necesaria a todos, en la medida en que a través de la religión buscamos a Dios, e identificamos a Dios con la libertad».

Personalmente, no puedo concebir a un Cristo-rey, pero tampoco un Cristo-esclavo, y por tanto no puedo concebirle como esclavizador. Y del mismo modo que creo en ese Cristo, no creo en los dioses de determinados <<anarquismos, burgueses, dadaístas, aristocratizantes e insolidarios. Con frecuencia, sin embargo, se dice que el cristianismo es el cordero que rehúsa la violencia y, por tanto, la revolución. Ese *por tanto* no está nada claro. ¿No hubo anarquistas con pacifismo a ultranza? Además, ¿qué se entiende por violencia? ¿Acaso el anarquismo rinde culto a la violencia? ¿Caeremos, en suma, en el cliché anticristiano con la misma candidez con que caen en el cliché antianarquista aquellos que identifican anarquismo con terrorismo?

6

Tampoco deberíamos mantener el antiteísmo militante a base de filosofías del siglo XIX. No podemos identificar el cristianismo con una cierta filosofía -ya superada- que en el siglo XIX se presentaba como la filosofía cristiana. Cristianismo y filosofía son cosas distintas, y cristiano se puede ser desde filosofías muy dispares. Bakunin, en esto, coge el rábano por las hojas. Y afirma: «Los idealistas de todas las escuelas -aristócratas y burgueses, teólogos y metafísicos, políticos y moralistas, religiosos, filósofos o poetas, sin olvidar a los economistas Liberales, que son, como se sabe, adoradores desenfrenados ‘del ideal- se ofenden sobremanera cuando se les

dice que el hombre, con toda su magnífica inteligencia, sus ideas sublimes y sus aspiraciones infinitas, no es, como todo lo que existe en el mundo, nada más y nada menos que materia, nada más y nada menos que un producto de la vil materia. Podríamos responderles que la materia de que hablan los materialistas -materia espontáneamente, eternamente móvil, activa, productiva, materia químicamente u orgánicamente determinada, y puesta de manifiesto por las propiedades o las fuerzas mecánicas, físicas, animales e inteligentes, forzosamente inherentes a ella- no tiene nada en común con la vil materia de los idealistas. Esta, fruto de su falsa abstracción, es efectivamente un ente estúpido, inanimado, inmóvil, incapaz de producir la menor cosa: es un *caput mortuum*, una villana imaginación opuesta a esa bella imaginación que se llama Dios, Ser supremo, frente al cual la materia -la materia de ellos, por ellos mismos despojada de todo cuanto constituye su naturaleza real- necesariamente representa la 'suprema Nada. Le han robado a la materia la inteligencia, la vida, todas las cualidades determinantes, las relaciones activas o las fuerzas, y hasta el movimiento, sin el cual la materia no podría ni siquiera pesar, y no le han dejado nada más que la impenetrabilidad y la inmovilidad absoluta en el espacio: Han atribuido todas estas fuerzas, propiedades y manifestaciones naturales al Ser imaginario creado por su fantasía abstractiva, y luego, invirtiendo los papeles, han llamado al producto de su imaginación, a ese Fantasma, a ese Dios que es la Nada, Ser supremo. Y debido a una necesaria consecuencia, han declarado que el Ser real, la materia, el mundo, es la Nada. Tras lo cual vienen a decirnos, con toda gravedad, que la materia es incapaz de producir nada, ni aun de ponerse en movimiento por sí sola, y que, por consiguiente, ha debido ser creada por su Dios».

¿Quién de los cristianos de hoy firmaría lo que Bakunin pone en boca de los cristianos de ayer? Ahí está -no siendo santo de mi devoción, por su acientifismo, pero ahí está- la obra de Teilhard de Ohardin, que no sólo revaloriza lo material, sino que llega a Dios, el Cristocentro, como consecuencia de un despliegue de lo material. A buen seguro que entre el Lenin materialista de Materialismo y empiriocriticismo y el tratamiento de lo material en la nueva teología de la secularización hay grandes diferencias, apareciendo Lenin como un materialista-idealista. Hoy, las viejas monsergas de materialismo versus idealismo, como si hubiese entre ambos una diferencia cualitativa, han quedado archivadas. ¿Y qué decir del viejo dualismo de sabor tomista entre cuerpo y alma, entre res *cogitans* y *resextensa*? Yo no conozco filósofos cristianos que hoy se reclamen en exclusiva del dualismo, y conozco por el contrario muchos partidarios de un monismo evolucionista -hay también algún trialista- que no es incompatible con los datos reales de las ciencias ni con el mensaje de Cristo. ¿Será muy fastidioso insistir en

que el cristianismo no es una filosofía, sino una escatología, y que ninguna filosofía puede arrogarse la exclusiva de su interpretación?

7

No. La religión no es opio del pueblo, ni aguardiente espiritual, ni lenitivo o sedante, como quería Bakunin. No busca empobrecer al hombre para enriquecer a Dios, no desea esclavizar al verdadero ser ante un Ser fantástico. Tampoco es un estadio de la humanidad a superar, un mal inevitable en una época oscurantista. Cualquier interpretación -comtiana- de la religión como estadio primitivo de la humanidad está siendo desmentida hoy, en medio de una civilización «positiva». La religión es un hecho constitutivo e interpersonal, que a veces se prolonga en la creencia en Dios, cuando la fe en ese Dios -que es gratuita- se tiene. Creemos que Bakunin afirmaba demasiado, cuando decía que la justicia y la propaganda social -en esto, de acuerdo con Lenin- acabarían por desterrar la huella de Dios: «Sólo la revolución social -escribía-, mucho más que las propagandas teóricas de los librepensadores, será capaz de destruir hasta los últimos vestigios de las creencias religiosas y de las costumbres licenciosas del pueblo -unas y otras están más íntimamente ligadas de lo que se cree-... La miseria religiosa es, por una parte, la expresión de la miseria real, y, por otra parte, la protesta contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura agobiada por la desgracia, el alma de un mundo sin corazón, del mismo modo, que es el espíritu de una época sin espíritu. Es un opio para el pueblo» ¿Opio? ¿Es el socialismo, como quiere Bakunin, el remedio contra ese opio? ¿Y si el hombre religioso entendiese -como debería- la religión como lo que ella es, como religación, como comunión, como expresión de vida y de proyecto común, y por supuesto como comunismo en el terreno material, sería entonces opio o placer?

8

La religión no puede encaramarse a la altura, si no pasa por una lucha por la dignidad de los hombres y las mujeres. La religión no puede tomar al hombre como un medio, sino como un fin en sí mismo, y sólo así puede entregarse al fin. La religión no puede darse sin una utopía dialéctica, imaginativa, creadora, incitante e inconclusa. La religión es abierta, y lucha, como diría Bergson, contra la moral cerrada. La religión busca la transformación exterior e interior de la vida del hombre y del entorno. La religión no puede existir sin una profunda educación y una

continua conversión del egoísmo en comunitarismo. La religión entraña una utopía liberadora. Bakunin pudo desconocer esto, porque no lo vio. Pero los anarquistas de hoy no deben temer por la religión, y acaso harían mejor dejando a los hombres religiosos seguir estas pautas que no les son ajenas, y que les unen.

9

Yo no comprendo cómo los cristianos de los últimos tiempos han sido tan cerrados para la óptica anarquista, y tan «abiertos» para la marxista. Fuera de razones puramente circunstanciales, no hay razón alguna para que esto haya ocurrido. Acaso la ausencia de anarquismo militante les llevo a comprometerse en el marxismo, como opción nunca desaparecida, o acaso los sedicentes cristianos desconocen mucho de su propia identidad, razón por la cual les da igual ocho que ochenta, o tal vez es que también desconocían al anarquismo, identificado con los bochornosos estereotipos de cuarenta años de paz, o quizás la propaganda haya minado la sesera de los que más lucidez deberían tener... Pero, en todo caso, los cristianos se han ido al marxismo, por do éste más pecado había -al decir del poeta. Hora es de enderezar el tópico para convertirlo en utópico. Fuera el tópico también por parte de un anarquismo que consideró esencial a su decimonónica cosmovisión la cuestión del ateísmo. La imaginación es una extraña senda que deben explorar tanto teístas como antiteologistas. De lo contrario, nuestro reloj vital permanecerá oxidado, sin manecillas, más muerto que vivo.

10

Atención: aquí nadie está proponiendo el mitad anarquista-mitad cristiano, del mismo modo que se proponía el mitad marxista-mitad cristiano. Tales «progresismos» los he rechazado en varios escritos anteriormente, y a ellos remito al lector interesado. No se trata de hacer un híbrido resistente -pero estéril, por híbrido sino de respetar mutuamente las libertades de ambos sistemas, del mundo, ahondando en las coincidencias, pero sin desconocer las discrepancias. Sólo este camino, el del progreso al través de la lucha, es merecedor de ese manoseado sustantivo al que llaman dialéctica. Estamos ya bastante esquilados; no deseamos

incurrir en los viejos errores, y sería un viejo error el quitarle tanto al anarquismo como al cristianismo la gracia de sus propias salsas para hacer un revoltijo amorfo y monstruosamente mutilador. Ahora bien, es grande nuestra convicción de que el cristiano -sin perder su fe en Cristo y el mensaje evangelice que éste alienta- se ha de entender tanto en cuestiones teóricas como en cuestiones prácticas con un nuevo bakuninismo. Y eso es lo que replanteamos. Pidiendo perdón por la nueva osadía.

11

Lo que aquí se propone, no se dispone. Espera ser debatido en profundidad, profundidad que no puede menos de encontrarse comunitariamente. Lo que aquí se propone, no es un sistema, ni una filosofía. Es un método práctico luego de una discusión teórica. Lo que aquí se propone, pretende encontrar un eco, una autoconciencia reconocitiva, en teólogos y antiteólogos.

Si Bakunin hubiera levantado esta mañana la cabeza, no hubiera dicho en principio que no. Hubiera lanzado su cansado cuerpo a la calle, y comprobado que hay nuevos datos que incorporar a Federalismo, socialismo y antiteologismo. No nos podemos contentar con debates imaginarios entre Bakunin y nosotros. Es preciso encarnar la imaginación, y continuar nuestra larga e infinita lucha. Con el mayor de los respetos, querido maestro Miguel Bakunin, «los muertos que vos matáis, señor, gozan de buena salud».

Ediciones Ruedo ibérico

A. Sáez Alba

La Asociación Católica de Propagandistas

**Reproducción y métodos
de la derecha permanente**

Aportación fundamental para el conocimiento de la naturaleza y del papel político de la derecha católica en la España contemporánea. Libro polémico y, sin embargo, de una riqueza de datos y anécdotas difícilmente superable. Documento fundamental del anticentrismo y la antirreconciliación.

Prólogo del editor: Introducción a la ACNP. La ACNP y las derechas católicas españolas antes de la segunda República. La ACNP, la segunda República y la guerra civil. Los propagandistas y la construcción del nuevo Estado en los años cuarenta. El fracaso del Estado nacionalcatólico (1956-1965). La preparación del posfranquismo. Introducción. De los orígenes al franquismo. Incondicionales a Franco. Por los secretos claustros de la ACNP. La religiosidad acenepista. Ideología y práctica política. el humanismo acenepista. ACNP. Promotora Nacional de Altos Cargos. Al asalto de la Información. La aperturita: ¿conversión o adaptación? Apéndices: Cronología del caso de El correo de Andalucía. Índice biográfico